

“Juego perfecto” de Sergio Ramírez como alegoría de la revolución sandinista

Jose Juan Colín

University of Oklahoma

En el cuento “Juego perfecto,” de la colección *Clave de sol* (1992) del escritor nicaragüense Sergio Ramírez, se observa una interesante reflexión acerca del proceso y el subsecuente fracaso en que se vio sumergida la junta de gobierno poco tiempo después de que la revolución sandinista llegara al poder en Nicaragua en 1979. Son bien sabidas las numerosas variantes que provocaron el relativo fracaso de la revolución, usando “fracaso” aquí de manera arbitraria y tomando en cuenta que los absolutos no caben en este contexto. No se pretende abundar en los detalles del mencionado fracaso, lo que interesa en esta lectura del relato de Ramírez es mas bien la narración del texto como tal y su similitud con la realidad histórica, de donde se desprende el sentido alegórico que éste encierra.

Con respecto al tema que se atiende, el *Handbook to Literature* (1996) en su séptima edición advierte que la alegoría es:

Una forma de metáfora extendida en la que los objetos, las personas, y las acciones en una narrativa son similares o están igualadas con el sentido que

yace fuera de la narrativa en sí. Por tanto, representa una cosa disfrazada de otra—una abstracción de la imagen en concreto. (mi traducción, 12)

Y es bajo esta premisa que el presente estudio se enfoca en la forma en que “Juego perfecto” sugiere la creación de un paralelo que represente una suerte de imagen en el espejo entre el equipo de béisbol del relato y la junta de gobierno de Nicaragua después de concluida, en 1990, la última revolución latinoamericana del siglo XX. Para este efecto trataremos de exponer algunos puntos de contacto y similitudes que se observan a lo largo del cuento en los que se apoya nuestra lectura. Vale la pena recordar que Ramírez formó parte de la junta mencionada y llegó a ser vicepresidente del país. De manera que conoció de primera mano los hechos y atestiguó el desarrollo de la revolución nicaragüense desde dentro.

“Juego perfecto” puede ser leído como una alegoría de un periodo de cambios que finaliza con la derrota del sandinismo en las elecciones de 1990 en las que Violeta Barrios de Chamorro llega al poder. Ramírez labra su relato en torno a los avatares del personaje principal de su cuento, un pitcher de un equipo de béisbol, el San Fernando, y de algunas intervenciones del resto de los integrantes del equipo. La acción se lleva a cabo a lo largo de un juego de béisbol. Así mismo y, de acuerdo al tema que nos ocupa, se puede ver al equipo completo en ocasiones como el personaje principal o, en su defecto, centrar la atención en el “pitcher”; desde ambas perspectivas, a final de cuentas, queda clara la similitud que exige la alegoría.

En este cuento de estructura lineal, que no ofrece mayores cambios en el desarrollo de la historia, como tampoco en los personajes más allá del evidente entusiasmo provocado por algunas buenas jugadas, vemos a un lanzador, un muchacho joven, claro, como alegoría de la juventud de la revolución, quien llega casi a culminar su juego perfecto (sin hit ni carrera) cuando de pronto en la última entrada se dan una serie de errores y finalmente el equipo adversario le conecta un hit. El Bóer, equipo contrario, anota dos carreras y su equipo, el San Fernando, pierde el partido. Vale la pena aclarar que el error en que desemboca en la derrota, se deriva de una serie de inseguridades del equipo como tal; es decir, el error es de todos, no sólo del lanzador. La acción nos llega a través de un narrador omnisciente y algunos diálogos entre los personajes

secundarios que tienen parte activa en el desarrollo de la historia pero desde la tribuna, sólo como espectadores.

Del mismo modo que en el cuento sucede con la revolución sandinista; casi logra sus objetivos, su juego perfecto, pero éstos se desvanecen de súbito por una serie de errores. La tensión del juego en algunas de las entradas del partido de béisbol en el relato se compagina con la problemática a la que tuvo que enfrentarse aquella junta de reconstrucción nacional. Por tanto, se observa un constante riesgo de desbalance entre ambos planos aquí sugeridos que invita a un contrapunteo; los sandinistas tenían sus rivales, llámese la oligarquía nicaragüense o la administración Reagan por mencionar sólo un par de ellos; en tanto que el San Fernando se enfrenta al Bóer, es decir, dos polos opuestos en disputa:

[E]l gordo se estaba levantando entusiasmado porque de entrada sonaba un batazo largo, por el *center-field*. Él se consternó cuando vio la bola alejarse hacia semejantes profundidades, pero allá, junto a la acera esmaltada con sus letras brillantes que parecía recién humedecida de lluvia, el *center-fielder* fue retrocediendo hasta agarrar el batazo. (16)

Momentos de tensión como estos permean el relato para volver más tarde, una vez controlada la jugada, a verse cierta calma en el campo. Así mismo, la administración sandinista comenzó a sufrir los embates del gobierno de Reagan, que había tomado el poder diez y ocho meses después del triunfo del ejército sandinista sobre Somoza y que de inmediato había tomado cartas en el asunto. Bajo la excusa de demonizar cualquier forma de gobierno distinta a la propia y de rechazar cualquier representación política en Latinoamérica que pudiera exhibir algún indicio de comunismo, se dedica a desestabilizar a la ya de por sí débilmente afincada Junta de Gobierno de Nicaragua. A este respecto Thomas Walter apunta:

Among other activities, it involved training, equipping, and directing an exile counter-revolutionary (Contra) army to fight against its own government: using U.S. influence in the World Bank and the Inter.-American Development Bank to cut off all normal lending to the upstart republic; and

orchestrating a massive anti-Sandinista propaganda campaign typified by frequent distortion and outright fabrication. (11)

Por otro lado, y siguiendo la calma relativa que antecede a los momentos de tensión en el cuento, se puede establecer el paralelo que nos interesa: el “pitcher” mantiene bajo control a los bateadores y, alegóricamente, los sandinistas gozan de algunos periodos de calma relativa repeliendo a la Contra; y es aquí cuando el San Fernando se dedica al desarrollo de su propio “juego perfecto.” Ramírez lo comenta así en sus memorias políticas:

. . . elevamos las pensiones de los jubilados, abrimos centenares de guarderías infantiles, se vacunó a los niños contra la poliomielitis en campañas masivas, se abrió la Cruzada nacional del Alfabetización y empezó desde el primer día la reforma agraria. (*Adiós muchachos* 227)

Se aprecia entonces un constante estira y afloja en la narración que lleva al lector por los intersticios de un aparente cuento sin mayor trascendencia. Pero no es hasta que se compagina la Historia con la historia que nos damos cuenta del propósito del relato por establecer un paralelo entre ambos elementos de la alegoría. Es decir, a lo largo del cuento, y en base a la acción del personaje principal y la interacción de los personajes secundarios, se va creando un plano histórico, evocador del momento vivido por Nicaragua durante la década sandinista.

Por ello, es de interés al propósito de este artículo es revisar de manera sucinta la contextualización del relato. Veamos: la junta de gobierno, que conduce los destinos del país después de la revolución es el “grupo de los doce” que se interpreta aquí como uno de los equipos de béisbol; la colección a la que pertenece el cuento *Clave de sol* se publicó en 1992, apenas dos años después de que el FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional) perdiera las elecciones a la presidencia del país y, como dato curioso, uno sólo después del juego perfecto efectuado por el lanzador nicaragüense Dennis Martínez. Además, son nueve los relatos del volumen. Todos ellos comparten el mismo elemento común, la memoria, que sirve a su vez como el medio de acercamiento a la temática que nos concierne.

Existe también en el cuento un dibujo del tablero del marcador de las entradas del juego que, como se sabe, son también nueve. Hay dos planos, recordemos, que se reflejan el uno en el otro: el desarrollo de un movimiento lleno de esperanzas y, después, el desencanto; un partido de béisbol y el juego (im)perfecto, por un lado, y la revolución y la (in)estabilidad política, por el otro.

Más aún, con la tendencia que posee Ramírez de fechar sus textos y si hemos de confiar en ello, nos damos cuenta que el relato se escribió en marzo de 1984 y las primeras elecciones después de la revolución se dan en noviembre del mismo año. Es decir, el cuento está alegóricamente anticipándose a los acontecimientos. Quizá podría hablarse incluso de cierto temor por el resultado de aquellas insoslayables elecciones. No en vano el mismo Fidel Castro instó a los sandinistas a no llevar acabo esas elecciones indicando que era demasiado pronto.

Todos los relatos de la colección a la que pertenece el cuento se mueven en torno a un sentimiento de vacío, quizá incluso de la resignación. En este sentido, “Juego perfecto” explora la perspectiva, muy particular, de los hechos acaecidos: se estuvo a punto de lograr la utopía; sin embargo, los errores la echaron por tierra. En otras palabras, del mismo modo que un error precipitó la debacle del San Fernando, según el texto, fueron errores también los que evitaron el ideario revolucionario. Todo ello queda puntualmente documentado según posteriores escritos, conferencias y entrevistas llevadas a cabo por la dirigencia misma.

En un sesudo artículo de Jeff Browitt, que por cierto hace eco en su título de uno de los cuentos de esta misma colección de Ramírez, “Ilusión perdida”, se aborda una vertiente de los errores del sandinismo: la perspectiva cultural. En el mencionado artículo se hace hincapié en el “asalto” que lleva a cabo el sandinismo sobre el imaginario cultural nicaragüense que el estudioso llama “ingeniería socio-cultural”:

El ministerio de Cultura, bajo el liderazgo de Ernesto Cardenal, fue clave en esta estrategia. Su política tuvo un doble embiste: [primero] el establecimiento de centros de cultura popular y casas de cultura para promover la democratización cultural que habían

prometido durante la fase armada; y segundo, el desarrollo de talleres de poesía. Con los talleres de poesía y otros programas de música, baile y teatro, junto con la proselitización política, el Ministerio buscó consolidar la revolución en su dimensión identitaria. (4)

Parece entonces que no se dio otra cosa que no fuera un intento de superposición ideológica de lo que es o debería ser la cultura, pero esta vez interpretada por la comunidad intelectual; ese grupo específico rondando el poder al que Ángel Rama llamó la *Ciudad letrada*. Quizá esa “ingeniería socio-cultural” se haya llevado a cabo o haya sido el resultado de un esfuerzo por buscar la ansiada armonía entre los intelectuales y el proletariado que en su momento cuestionó también Leonel Delgado: “la ideología literaria que domina los círculos letrados nicaragüenses es conservadora en cuanto reitera la consabida habilidad para representar la identidad, y anular de esa manera las diferencias” (117). Es decir, no pudiendo los líderes despojarse del paternalismo interpretativo de la cultura, consciente o inconscientemente pensaron que ellos eran los elegidos para interpretar, debatir y concluir qué paradigma cultural les convendría a todos los nicaragüenses. Todo ello sin tomar en cuenta que existen diferentes modos de vida y rituales de comportamiento entre los distintos grupos humanos de ésta misma sociedad. Siguiendo a Browitt:

La verdadera cultura popular no se presta, ni debe prestarse a la ingeniería o control cultural—[a] la imposición forzosa de una visión cultural exclusiva— aunque sea la visión de una fracción de la burguesía nacional en pleno auge revolucionario y con buenas intenciones como sabemos. (7)

Y es esa misma “imposición” que se nota claramente en el plano de las relaciones exteriores, sobre todo las de los EEUU. Aquí es necesario recalcar los intentos de la administración Reagan por imponer (valga la redundancia) la forma de gobierno que consideraban la ideal para el resto de los países del continente. Sobresale el financiamiento de la Contra en Nicaragua por parte de los EEUU que se convirtió en elemento importante para el fracaso de la administración sandinista.

Así mismo, vemos en “Juego perfecto” a un grupo de espectadores observando a dos bandos en lucha y, según el propósito que perseguimos, existe aquí una analogía muy interesante: algunos de los espectadores no están muy convencidos de la capacidad del lanzador y, consecuentemente, del equipo: “¿De dónde habrán sacado esa quirina? Él se esforzó en voltear otra vez la cabeza para encontrar aquella boca grosera que había llamado quirina al muchacho” (14). Existe, pues, una división natural de pareceres en el campo de juego. Del mismo modo que los intelectuales, la junta de gobierno y el proletariado discrepaban en sus interpretaciones culturales al triunfo de la revolución.

Además, todos los personajes que intervienen en este relato son anónimos, descritos por medio de apodos: “el chintano,” “el gordo,” “la Quirina.” Incluso el personaje principal es sólo identificado como “Él” y esto apunta a una generalización representativa de todos los sectores populares de la sociedad. Además de Él y el muchacho, todos son personajes que no se comprometen con un bando ni con el otro; apoyan, sí, pero no se comprometen sino que aguardan el desenlace, únicamente a la expectativa de los resultados. Lo anterior es quizá un reflejo del nicaragüense promedio que esperaba, con cierto júbilo en ocasiones y desencanto en otras, el anticipado cambio de poderes; en ocasiones apoyando y rechazando en otras las decisiones de la Junta de Gobierno sandinista.

El relato abre con un padre ansioso por llegar al parque de pelota donde en ese momento su hijo está jugando como pitcher del San Fernando. El hombre no sabe a ciencia cierta si su hijo está en el campo de juego pero anticipa con emoción la posibilidad. Todas las esperanzas de ese momento están puestas en esa corazonada, como una proyección del personaje hacia el futuro; ese futuro utópico que prometía la revolución. Al mismo tiempo, el escritor ubica la acción en el pasado para que entre en juego la memoria en su intento por encontrar una explicación:

Siempre que subía tan apresurado por la boca de la gradería sólo tenía ojos para el *bull pen*, ver si al muchacho se lo habían sacado a calentar, si al fin el *manager* se decidiría a ponerlo esa noche de abridor . . . A veces le sacaban a calentar al muchacho, y entonces se pegaba a la malla con los dedos

engarzados en el tejido de alambre para que lo viera, que ya estaba ahí, que ya había llegado. (subrayado mío, 11)

Y es que la memoria termina siendo el medio justo para acomodar las situaciones ocurridas y que puedan tener sentido en el presente. Es incluso el medio que nos hace reconocer, ya en la experiencia, los errores cometidos. Después de los hechos, algunos de los intelectuales que participaron en la Junta de Gobierno escribieron su interpretación de lo acontecido: Ernesto Cardenal, Tomás Borge, por ejemplo y, claro, Sergio Ramírez, quien asegura:

No sólo por ser novelista era yo un intelectual, igual a los demás que vestían uniformes de comandantes, y también decían discursos y teorizaban. Todos desde arriba, pensábamos la revolución en términos de teoría o de ideal, y esa concepción mental trataba de ser aplicada o impuesta a la sociedad. (*Adiós muchachos* 230)

Es decir, era desde detrás de los escritorios, desde una mentalidad letrada que se quería establecer el paradigma, no sólo económico y político sino cultural. En este sentido, Maricruz Castro afirma:

Ramírez, por lo tanto, configura a sus personajes recurriendo a estrategias vinculadas con el quehacer de la Historia, intentando fijarlos en la mente del lector, apuntando hacia la elaboración de la crónica de una nación, en un periodo dado. (315)

Una vez ubicado el protagonista en el pasado, el escritor le hace revivir la escena por medio de la memoria. Inmediatamente lo muda de tiempo verbal y lo devuelve a su presente: “Pero ahora que llegaba tan tarde al juego . . .” (12). Y es de notar un eco de culpa en el hombre al saber que había cometido un “error” al llegar tarde y saber que su hijo no lo vería al salir a lanzar. De este modo, se advierte un presente cuya razón de ser está en el pasado, de ahí que haya la necesidad de partir de acciones pretéritas, donde se inician la historia y la Historia, y relacionarlas al presente para entender su significado. Pareciera que al individuo le es preciso saber que existe un pasado al que puede recurrir cuando el presente se torna complicado. La

memoria, como sugiere George Lipsitz, explora el pasado y los seres humanos utilizan esta exploración y la narrativa para descifrar el presente.¹ Y es en este sentido que vemos reflexionar al padre del pitcher del San Fernando:

Yo lo hice como *pitcher*, hubiera querido haber continuado, desde la edad de trece años le empecé a cultivar el brazo, a los quince abrió su primer juego con el “General Moncada”, todos los días yo mismo lo llevaba por delante en la bicicleta a su práctica, yo le cocí su primer guante en la zapatería, los *spikes* que anda ahora son hechos míos. (21)

La explicación es clara. Las habilidades del muchacho habían sido cimentadas hace tiempo en base al trabajo. Del mismo modo que los cimientos de la revolución yacen en la Historia y están sentados sobre los sacrificios y el esfuerzo de muchos a través de los años.

Hacia el final del cuento se consuma la alegórica desilusión cuando en el noveno *inning* le pegan un *hit* al muchacho y el sueño del “juego perfecto” se esfuma:

Vio la bola blanca, nítida, rebotar sobre el engramado en viaje hacia la segunda base y detrás de la almohadilla el hombre de segunda ya estaba allí, venía al encuentro de la bola y le llegaba de costado, la recogía, recoge, la saca del guante, va a tirar a primera, la pierde en las manos, un malabar que no acaba nunca, recupera, tira a primera, viene el tiro, el tiro es abierto. (25)

Pero la tensión no se detiene aquí: el llegar de este bateador a primera base es sólo el preámbulo, y el relato continúa su ritmo ascendente. Sin embargo, a estas alturas el lector está preparado para el fatídico desenlace. Y como reza una ley ineludible en el béisbol, “detrás del error viene el hit,” en el siguiente lanzamiento:

La bola picaba en el fondo del *center-field*, rebotaba contra la cerca y el hombre de primera estaba llegando cómodamente a la tercera base, venía el tiro de vuelta al cuadro en relevo hacia el *catcher* para

contener al corredor en tercera, un tiro malísimo y la bola casi la metían en el *dog-out* . . . estaba entrando la carrera del empate y el segundo corredor ya doblando por tercera, la bola no llegaba nunca y el hombre se barría en *home*. (25)

Como ya se sospechaba, el momento de tensión se resuelve de manera adversa y después del primer y sorprendente impacto, se advierte una calma extrema por parte del padre y del muchacho. Esto es sin duda señal de un estoicismo arraigado y congénito al que los colonizadores acostumbraron a los pueblos colonizados a través de mucho tiempo, estigma éste que no acaban de sacudirse. “¿No había sido el país entrenado durante siglos para la impotencia y la resignación?” (182), se pregunta Eduardo Galeano.

En realidad, ninguno de ellos esperaba que el muchacho lanzara un juego perfecto, si seguimos a Galeano, y quizá con ese mismo sentimiento se desvaneció la ideología utópica para Nicaragua; pero, en ambos casos, la oportunidad estaba ahí, al alcance de la mano. En América Latina el fracaso es siempre el destino final de las esperanzas y la fuerza de la costumbre nos ha endurecido de tal manera que no nos sorprende atestiguar un nuevo fracaso:

El muchacho, el uniforme traspasado de sudor, los zapatos llenos de tierra, comenzó a comer en silencio. A cada bocado que daba lo miraba a él. . . . Del lado del *right-field* comenzaron a apagar las torres. Sólo quedaban los dos en el estadio, rodeados por las graderías silenciosas que empezaban a ser invadidas por la obscuridad. Volvió con la gorra y se la puso cuidadosamente en la cabeza al muchacho que seguía comiendo. (26)

Son esta misma soledad y vacío los que se repiten en el plano histórico, cuando los resultados de las elecciones en Nicaragua de 1990 se dieron a conocer y dejaron fuera del poder a los sandinistas. La gran paradoja, diría Ramírez años más tarde, fue que al fin y al cabo, [la revolución] dejó en herencia lo que no se propuso: la democracia. Pero Nicaragua no pudo heredar lo que el sandinismo se propuso: el fin del atraso, la pobreza y la marginación. “Juego perfecto” es, en este contexto, una catarsis necesaria, tanto individual

como colectiva, para intentar vivir en paz con aquel momento histórico nicaragüense.

Notas

1. Ver *Los cuentos de Sergio Ramírez*, p. 91. En este estudio ya habíamos intentado abordar la problemática de la memoria en este cuento en particular.

Obras Citadas

- Browit, Jeff. "Amor perdido: Sergio Ramírez, la ciudad letrada y las fallas en el sandinismo gramsciano." Web. Aug. 2005 <<http://casadeasterion.homestead.com/v5n20perd.html>.>
- Colín, José Juan. *Los cuentos de Sergio Ramírez*. Lima: Sandro Chiri Jaime, 2004. Print.
- Delgado, Leonel Aburto. *Márgenes recorridos*. Managua: IHNCA/UCA, 2002. Print.
- Galeano, Eduardo. *Días y noches de amor y de guerra*. Madrid: Alianza Editorial, 1986. Print.
- Harmon, William and Hugh Holman. *A Handbook to Literature*. New Jersey: Prentice Hall, 1996. Print.
- Lipsitz, George. *Time Passages: Collective Memory and American Popular Culture*. Mineapolis: U of Minesota P, 1990. Print.
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984. Print.
- Ramírez, Sergio. "Juego Perfecto." *Clave de sol*. México: Cal y Arena, 1992. 11-26. Print.
- . *Adiós Muchachos*. México: Aguilar-Alfaguara, 1999. Print.
- Walker, Thomas W. *Nicaragua Without Illusions*. Wilmington: Scholarly Resources Inc., 1997. Print.